El populismo y la democracia

Elimina la filigrana digital ahora

La democracia es aparentemente frágil, pero su mayor fortaleza consiste en la transparencia de los actos políticos y el progreso que aporta

FRANCESC
Michavila*

La democracia forma parte de la naturaleza política de Europa. Desde el tiempo remoto del gobierno de **Pericles** en Grecia, la civilización occidental incorporó el carácter democrático en su aspiración al ideal de convivencia. En época más reciente, la conquista de la democracia, unida a la lucha para convertirse en una sociedad de ciudadanos fundada en la igualdad y la solidaridad, impulsó la Revolución Francesa, el mayor de los procesos revolucionarios democráticos habidos hasta nuestros días. Luego, la democracia así entendida se extendió a la otra orilla del Atlántico, y fue **Abraham Lincoln** quien, en su memorable discurso de 1863 en Gettysburg, precisó su significado actual como *el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo*.

Después de la creación de la Unión Europea, la democracia ha adquirido la consideración, en el Tratado de Lisboa del año 2007, de ser uno de los valores que, junto a la tolerancia, la igualdad o el respeto a la dignidad humana y el Estado de Derecho, definen la identidad europea.

El sentido democrático de nuestra convivencia la plasmaron, de forma sencilla y en palabras hermosas, numerosos pensadores y escritores comprometidos con su causa. Así lo hizo **Albert Camus** cuando afirmaba que «un demócrata es aquel con suficiente honestidad como para admitir que su adversario puede tener razón». O **Manuel Azaña**, por boca del personaje **Garcés** en su obra *La velada en Benicarló*, cuando decía: «Pienso en la parte templada del espíritu, donde no se aclimatan la mística ni el fanatismo político, donde está excluida toda aspiración a lo absoluto».

Aunque la democracia es aparentemente frágil, su mayor fortaleza consiste en la transparencia de los actos políticos, y el bienestar y progreso social que su ejercicio cotidiano aporta a los ciudadanos. La opacidad del comportamiento de los dirigentes es una de sus potenciales imperfecciones; *Democracy Dies in Darkness* es el lema que subtitula la cabecera del *Washington Post*. Para combatir sus imperfecciones, **Alfred Smith**, siguiendo una idea originaria de **Alexis de Tocqueville**, argumentaba que «todos los males de la democracia se curan con más democracia».

Acaso sea el populismo la peor enfermedad que afecta en nuestro tiempo a las sociedades democráticas, uno de los mayores enemigos de la democracia en la Europa actual. Sin duda, semejante comportamiento político representa una de las principales inquietudes para un europeo. Si el paradigma de populista lo encarna **Mussolini**, a quien un artículo de *La Vanguardia*, a principios de 2020, lo calificaba como *el padre de todos los populismos*, a lo largo del siglo anterior y del actual no han faltado seguidores: el *poujadisme* francés de los años cincuenta o, en el presente, **Le Pen, Wilders, Farage** y **Johnson, Haider** y **Orban, Salvini** y **Beppe Grillo**, y también diversos líderes españoles situados en ambos extremos del espectro político. Unos movidos por el reaccionarismo y la defensa de las clases acomodadas que sienten amenazados sus privilegios en tiempos de crisis económica y otros por su intento de conseguir *el asalto a los cielos* con carácter inmediato, prometiendo para ello un camino de atajos imposibles. Tales comportamientos, sean hechos o sean palabras, representan agresiones a la democracia, y traspasan las *líneas rojas* de los límites de la convivencia – por medio de la manipulación, la mentira o el *todo vale*-, esos que no pueden ser superados sin el silencio de los demócratas. En su discurso de investidura como presidente de Estados Unidos, dos semanas después de las amargas jornadas vividas en Washington, **Joe Biden** concluía que «debemos rechazar la cultura por la cual los hechos son manipulados, y también fabricados».

> **Acaso el populismo** sea la peor enfermedad que afecta en nuestro tiempo a las sociedades democráticas

Con dos casos acaecidos recientemente pretendo, a continuación, ilustrar dos formas distintas de agresiones populistas. Una de gran impacto internacional, llevada a cabo con palabras y con acciones físicas violentas; otra doméstica y de alcance mucho más reducido, limitado a la manipulación verbal.

El primero se refiere al asalto al Capitolio de Washington, con la intención de subvertir los resultados de las elecciones norteamericanas, por parte de una turba de extremistas de derechas alentados y manipulados por **Donald Trump**. Tras el tumulto, las agresiones y el pánico, como dijo posteriormente **Barack Obama**, gracias a la democracia, Trump no logró el 100% de lo que quería. Las instituciones y los procedimientos democráticos sirvieron de barrera. Biden relató en su intervención del 20 de enero los acontecimientos de la siguiente manera: «En las semanas y los meses últimos hemos aprendido una lección dolorosa: hay verdades y hay mentiras, las mentiras dichas por dirigentes para su beneficio. Cada uno de nosotros tenemos el deber y la responsabilidad, en tanto que ciudadanos (...) de defender la verdad y vencer a las mentiras».

El segundo caso, con amplio eco mediático, corresponde a la afirmación pública que hizo **Pablo Iglesias** en una reciente entrevista televisiva, en la que consideraba a **Carles Puigdemont** como un exiliado comparable con los exiliados republicanos a causa del franquismo. Al escuchar semejante declaración me sentí profundamente indignado, herido en lo más íntimo. ¿Cómo era posible que un político para obtener algún rédito electoral, o movido por intereses partidistas de corto alcance, manchara la memoria de tantos miles de seres buenos que antepusieron sus ideales a intereses personales? Populismo en estado puro.

En nombre de mi padre, de **Vicent Sos Baynat**, de **José Royo Gómez** y de muchos más, me siento obligado a levantar mi voz de protesta ante el atropello de aquellos que, cuando menos, se han convertido en símbolos de la rectitud moral, de la coherencia y de la bondad de sus nobles ideales republicanos. Por su comportamiento ético merecen respeto inmaculado.

No coincido con casi ninguno de los pensamientos de **Edmund Burke**, ni con sus posiciones políticas ni con su visión negativa de la Francia revolucionaria, pero sí que comparto su idea de que «para que el mal triunfe solo se necesita que los hombres buenos no hagan nada». Por ello no me callo ante semejante agravio a quienes no lo merecen. En un texto que publicó en *El País* el pasado mes, **Antonio Muñoz Molina** afirmaba que comparar a los exiliados de la República con esos señoritos supremacistas catalanes es más que una injusticia: es una vileza. O es, en palabras de **José Sacristán**, sencillamente miserable. ≡

***Rector honorario de la Universitat Jaume I**

pdfelement